

El apólogo de San Simón*

Paul Lafargue

San Simón, el célebre socialista, publicó un día el siguiente apólogo:

«Si una noche, nuestros reyes, nuestros hombres de Estado, nuestros ministros, nuestros magistrados, abogados, ricos burgueses y grandes propietarios dejasen de vivir, la sociedad no padecería absolutamente nada con su desaparición, al paso que, si muriesen todos los trabajadores de la ciudad y del campo, la sociedad se hundiría en una sola noche».

Al insolente que viene a vuestra casa a deciros que sois un ser inútil o insignificante, lo echáis a la calle. San Simón fue encarcelado por haber osado decir la verdad da la burguesía.

Todas las relaciones económicas en que se produce la riqueza burguesa o capitalista tienden a la destrucción de la burguesía. La concurrencia que fue y que es aun hoy proclamada por los economistas burgueses como la fuente de toda prosperidad social, es una de las fuerzas más destructoras de la sociedad burguesa. La concurrencia es la lucha de los capitales; las industrias rivales luchan para producir barato y la que esta sostenida por el mayor capital concluye por vencer a la menos rica. La industria inglesa, que recibe su movimiento de los más grandes capitales de Europa, es sin disputa

la industria cuya concurrencia es más terrible y peligrosa para las demás naciones. Así que la industria inglesa pide el libre cambio, mientras que las industrias de los demás países reclaman, por el contrario, la protección.

La concurrencia expropia al pequeño capitalista y al pequeño propietario en beneficio del gran capitalista y del gran propietario.

Si la industria moderna ha podido expropiar, sin peligro social, a los pequeños propietarios y los pequeños capitalistas, es porque de antemano había reducido a la nada el valor económico de estos últimos. El pequeño propietario agricultor o artesano, trabajaba por si mismo su propiedad, y según su actividad personal la hacía producir más o menos. Pero, con el sistema moderno de la gran propiedad burguesa, el propietario hace explotar sus capitales, por medio de grandes compañías anónimas, banqueros, etc.; sus tierras por medio de arrendatarios y sus fábricas por ingenieros, administradores y otros; de suerte que el propietario no tiene otra misión que cobrar sus rentas.. Poco importa pues, que quien cobre las rentas se llame Juan, Pedro o Diego, o que su nombre no sea conocido; el hecho económico es el mismo siempre. De este modo los grandes industriales y grandes capitalistas han podido expropiar, sin peligro social, a Juan, Pedro o Diego, y reemplazarlos por su absorbente personalidad. Pero estos, a su vez, han abierto con

* Fuente: *La Emancipación*, 30 (7 de enero de 1872).

sus propias manos su sepultura.

Las grandes empresas industriales y comerciales, no puede ser dirigidas y explotadas por un solo hombre, cualquier que sea su mérito personal. Ha sido, pues, necesario crear capacidades que reemplazar la dirección y la vigilancia del propietario, que por esta misma razón se ha hecho innecesario. Así vemos en los países civilizados las empresas más distintas dirigidas nominalmente por un solo hombre. Los señores Pereire dirigían en Francia y en España más de veinte grandes empresas industriales y comerciales. Los señores Pereire han desaparecido de muchas de sus empresas. Como se ve por su desarrollo mismo, la propiedad burguesa tiende a expropiar una parte de sus individuos y a hacer inútiles los demás. Así que, cuando el poder político llegue a manos de la clase trabajadora, esta podrá expropiar aquellas individualidades, sin arrojar la sociedad en el caos.

La burguesía europea sabe perfectamente que su sentencia de muerte esta pronunciada, y que la clase proletaria no tiene más que ponerla en ejecución. Así la hemos visto tiritar de miedo, cuando recientemente vio al proletariado francés reunir por primera vez en sus manos el poder político y la administración de sus intereses.

Mas, en tanto que la burguesía, expropiando una parte de sus individuos que iban al proletariado, concentra la propiedad en manos cada día menos numerosas, el proletariado ve sus hueses engrosar de día en día, y establecerse la unión en su seno. Del mismo modo que en la Edad Media el municipio fue el centro de organización de clase media, las sociedades o secciones de oficio son en nuestros días los centros de organización de la clase trabajadora, y a medida que el proletariado crece y se organiza, viene a ser una amenaza para la sociedad legal. Para poner al orden burgués al abrigo de las reclamaciones de la clase

trabajadora, la burguesía ha echado mano de los medios más violentos. Ha llevado a cabo verdaderas matanzas de proletarios en Francia, Inglaterra, Suiza, Bélgica y Estados Unidos. La deportación y la emigración en masa forman también parte de su sistema de solución del antagonismo de clases.

En Francia, antes de la caída del Imperio, los reaccionarios que preveían los acontecimientos, decían que era preciso hacer al proletariado una sangría de 40000 hombres en París. La derrota de la *Commune* permitiéoles poner en practica sus proyectos humanitarios. Los soldados del orden fusilaron 30000 hombres y los pontones y calabozos recibieron otros 40000, y más de 60000 obreros emigraron de París, unos a provincias y otros al extranjero. A este precio, las cortesanas de todas las categorías pueden ejercer hoy tranquilamente su honroso comercio, y la burguesía puede hacer en paz su laboriosa digestión: pero la población obrera de París ha quedado diezmada y como consecuencia de esto se ha sacado la fuente de los beneficios capitalistas. Los trabajadores que han permanecido en París imponen, como dueños, sus condiciones a sus antiguos maestros o fabricantes.

En Inglaterra y en Francia, cuando se comenzó a introducir los niños en la fábricas, se hizo trabajar tanto a aquellas infelices criaturas, y se las alimentaba tan mal, que una espantosa mortalidad desató los distritos manufactureros. Los niños que se libraban de la muerte llegaban a ser miserables adolescentes y hombres débiles, que procreaban hijos raquíuticos. Los fabricantes más previosores comprendieron que aquella explotación desarreglada y sin piedad de la infancia iba a destruir la razón y por consiguiente la materia creadora de sus beneficios industriales y fueron los primeros en pedir leyes para reglamentar el trabajo en las fábricas. Hoy mismo, en París, vemos a los industriales y los propietarios pedir la amnistía, para

atraer a París a los obreros emigrados, y a los que gimen en las cárceles y pontones, y para tener hombres que explotar.

Por filantrópicamente feroz que sea la burguesía, no puede hallar siempre tan magníficas ocasiones de matanzas, en cuyo caso recurren a otro medio que, por ser más dulce, no es más bárbaro y cruel: a la emigración. Inglaterra, el país más industrial del mundo, donde el proletariado alcanza gigantescas proporciones, y ofrece, por consecuencias, más peligros al orden burgués, ha visto SEIS MILLONES de sus hijos proletarios emigrar a América y a Australia en el espacio de *veinticuatro años*, lo cual forma 250000 emigrados anuales. ¡Cuán mezquina parece la matanza de 30000 parisienes al lado de estas exportaciones británicas! Esta emigración en masa es la que desde veinte años ha esta salvado la Inglaterra de una revolución social, pues aleja de su seno la parte más viril y más inteligente del proletariado inglés. Aunque la burguesía inglesa favorece en los momentos de crisis esta emigración, sin embargo, las mismas necesidades de la industria la obligan a ponerle coto, una vez pasada la crisis habiendo llegado hasta pedir al parlamento leyes para impedir la emigración de los trabajadores.

Y no se imaginan nuestros burgueses liberales o republicanos que todos estos hechos sean peculiares a un solo país, como

por ejemplo la Inglaterra, no; en una nación vecina, en Portugal, cuyas condiciones sociales y económicas son las mismas que las de España, acaba de tener lugar un hecho análogo. *La Correspondencia de España* del 19 de diciembre de 1871, al mismo tiempo que anunciaba la huelga de los cigarreros de Lisboa y Oporto, publicaba el telegrama siguiente:

«La prensa llama la atención sobre la emigración de los trabajadores portugueses a la América inglesa. El gobierno, deseoso de contrarrestar esta emigración, ha resuelto reunir un consejo que informe sobre la conveniencia de dar trabajo a los obreros pobres en los terrenos incultos de la provincia de Alentejo»

Los antiguos creían que había un Dios que todas las mañanas daba cuerda a la máquina del Universo, como se da cuerda a un reloj. La clase obrera es el Dios moderno; ella es la que ha creado el mundo social, y ella es la que le da vida e imprime movimiento; y la burguesía es la mala yerba que aguarda para desaparecer al paso del arado proletario.

Para destruir los efectos del apólogo de San Simón, encarcelaron al apologista. ¿Qué harán para destruir los efectos de la realidad?